

LA Jon Trace
CONSPIRACIÓN
DE VENECIA

bovéda

Jon Trace

La conspiración de Venecia

Contenido

Cubierta

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo I

Capítulo II

OCHO MESES DESPUÉS. En la actualidad

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

OCHO CICLOS LUNARES MÁS TARDE 666 a.C.

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo VII

Capítulo VIII

SEGUNDA PARTE

Capítulo 14

Capítulo 15

[Capitolo IX](#)

[Capitolo X](#)

[Capitolo XI](#)

[Capítulo 16](#)

[Capitolo XII](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capitolo XIII](#)

[Capitolo XIV](#)

[Capitolo XV](#)

[Capítulo 19](#)

[Capitolo XVI](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capitolo XVII](#)

[Capítulo 22](#)

[Capitolo XVIII](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capitolo XIX](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capitolo XX](#)

[Capitolo XXI](#)

[Capítulo 27](#)

[Capitolo XXII](#)

[Capitolo XXIII](#)

[Capítulo 28](#)

[Capitolo XXIV](#)

[Capítulo 29](#)

[Capitolo XXV](#)

[Capítulo 30](#)

[*TERCERA PARTE. Dos días después*](#)

[Capítulo 31](#)

[Capitolo XXVI](#)

[Capitolo XXVII](#)

[Capítulo 32](#)

[Capitolo XXVIII](#)

[Capítulo 33](#)

[Capitolo XXIX](#)

[Capitolo XXX](#)

[Capítulo 34](#)

[Capitolo XXXI](#)

[Capitolo XXXII](#)

[CUARTA PARTE. Venecia, siglo XVIII](#)

[Capitolo XXXIII](#)

[Capítulo 35](#)

[Capitolo XXXIV](#)

[Capítulo 36](#)

[Capitolo XXXV](#)

[Capítulo 37](#)

[Capitolo XXXVI](#)

[Capítulo 38](#)

[Capitolo XXXVII](#)

[Capítulo 39](#)

[Capitolo XXXVIII](#)

[Capítulo 40](#)

[Capitolo XXXIX](#)

[Capítulo 41](#)

[Capitolo XL](#)

[Capítulo 42](#)

[Capitolo XLI](#)

[Capítulo 43](#)

[Capitolo XLII](#)

[Capítulo 44](#)

[Capitolo XLIII](#)

[Capítulo 45](#)

[Capitolo XLIV](#)

[Capítulo 46](#)

[Capitolo XLV](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capitolo XLVI](#)

[Capitolo XLVII](#)

[Capítulo 49](#)
[Capitolo XLVIII](#)
[Capítulo 50](#)
[Capitolo XLIX](#)
[Capítulo 51](#)
[Capitolo L](#)
[Capítulo 52](#)
[Capitolo LI](#)
[Capítulo 53](#)
[Capitolo LII](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capitolo LIII](#)
[Capítulo 57](#)
[Capitolo LIV](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)

[QUINTA PARTE](#)

[Capitolo LV](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capitolo LVI](#)
[Capítulo 63](#)
[Capitolo LVII](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)
[Capitolo LVIII](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capitolo LIX](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capitolo LX](#)

[SEXTA PARTE](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Capítulo 78](#)

[Capítulo 79](#)

[Capítulo 80](#)

[Capítulo 81](#)

[Capítulo 82](#)

[Capítulo 83](#)

[Capítulo 84](#)

[Capítulo 85](#)

[EPÍLOGO](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[666 a.C. – HECHOS Y FICCIÓN](#)

[Créditos](#)

*En memoria de Stuart Wilson. Como nuestro cuento
preferido, muy querido y nunca olvidado*

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

*En la actualidad
Compton, Los Ángeles*

Medianoche. Desde las ventanas bajadas de un Buick negro tuneado retumba hip hop a todo volumen. Las cabezas se vuelven en una callejuela aún húmeda por una tormenta. Pero Tom Shaman no ve ni oye nada. Está en trance. Perdiendo en sus pensamientos.

Tom mide metro noventa, tiene ojos grisáceos y pelo moreno y espeso. Gracias a un trabajo que le permite entrenar dos horas al día en un gimnasio de boxeo, también tiene el cuerpo de un peso pesado.

Pero en este momento un niño de dos años podría tumbarlo.

Acaba de dejar un miserable apartamento de alquiler en West Alondra Boulevard donde ha visto morir de cáncer a una inmigrante italiana. Solo unas horas antes, Rosanna Romano había cumplido cien años. No recibió tarjetas ni regalos. Ni amigos o visitantes. Solo al médico, a Tom y ahora al juez de instrucción. Esa no era manera de acabar un siglo de vida en la tierra.

Al otro lado de la calle, un grito desesperado saca a Tom de su melancolía.

En un callejón junto a un puesto de pollo frito para llevar, un corrillo de figuras enfadadas está haciendo más ruido del soportable.

Antes de darse cuenta, Tom está a medio camino del pavimento.

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí?

Su grito saca a la luz gris un rostro. Un tipo grande, vestido como un auténtico pandillero.

—¡Lárgate, tío! Esto no es asunto tuyo.

Enseña un puño para subrayar la cuestión.

—Si tienes sentido común, pírate cagando leches y no te metas.

Pero esa no es la clase de cosa que Tom Shaman puede hacer.

Cuando el pandillero vuelve de nuevo a las sombras, lo sigue.

Tres tipos están dándole una paliza a otro. Y el grandullón bocazas tiene un arma.

Tom se mete, propinando una patada precisa para quitar el cuchillo de en medio.

Eso toma por sorpresa al grupo de cuerpos enzarzados. Tom solo tiene un segundo antes de que se le echen encima.

Se lleva un gran porrazo en la nuca. Una rodilla le impacta brutalmente el muslo. No importa, se sostiene con los dedos de los pies y está lleno de adrenalina. Esquiva a un enorme tipo diestro y lanza a la cabeza del que lleva el cuchillo un puñetazo para dejarlo KO. La clase de golpe que detendría a un tráiler de dieciocho ruedas y dejaría su radiador echando vapor.

Unas manos tatuadas le agarran el cuello en un débil intento de estrangularlo. Impulsa al idiota hacia arriba y sobre su hombro derecho y lo estrella contra la pared del callejón.

El tercer matón lanza una patada con todas sus ganas. Torpe y sin puntería. No tiene fuerza cuando le da en el muslo. Tom atrapa una bota, da un paso adelante sujetando la pierna extendida y siente cómo cruje la rodilla.

El tipo queda en el suelo chillando, pero el que le agarraba por el cuello ya está otra vez en pie, impulsado por la adrenalina. Y ahora él tiene el cuchillo.

Lo blande de un lado a otro, como ha visto hacer a los malos de las películas.

Error.

Gran error.

Tom avanza. Lo desequilibra. Le lanza un gancho a la cabeza.

Dos menos. Queda uno. Y ese no piensa esperar allí.

—¡Cabrón! —grita mientras se escabulle, agarrándose la rodilla dañada—. ¡Sabemos quién eres, cabrón chalado!

Forma una pistola con los dedos y le señala con ella.

—¡Te encontraremos y te vas a enterar!

Tom ignora los insultos. Se inclina sobre la víctima, intenta ver cómo puede ayudar.

El cuerpo en el suelo es de una mujer joven, quince o quizá dieciséis como máximo. Tiene la ropa rota y es evidente lo que ha pasado. A media luz puede ver la sangre y una herida en la cabeza que explica por qué está inconsciente.

Tom marca el número de emergencias en su móvil y pide una ambulancia y un coche patrulla. Cuelga y vigila su respiración. Superficial y ligera. No se atreve a moverla, podría tener dañados la espalda o el cuello. La cubre con su chaqueta y espera que la ayuda llegue pronto.

El pandillero grande que la atacó sigue postrado. No es sorprendente. Ha sido el mejor puñetazo que Tom ha dado en su vida. Un golpe afortunado. Y el compañero del tipo sigue también fuera de juego. Tienen veintitantos, pandilleros veteranos, con vaqueros de talle bajo, camisetas de fútbol americano y pañuelos rojos en la cabeza, los colores de los Sangrientos, la banda minoritaria de Compton.

Tom les da la vuelta a los dos.

Están muertos.

Se queda conmocionado. Ni siquiera tiene que tomarles el pulso. El tipo grande tiene el cuchillo clavado hasta el puño en la barriga y la mitad de los intestinos fuera.

Su compañero no tiene ni una marca. Pero tiene la cabeza doblada en un ángulo extraño y los ojos abiertos y vidriosos.

Tom Shaman, cura párroco, el padre Thomas Anthony Shaman, ha visto muchos cadáveres, pero hasta ahora solo

los ha bendecido, no los ha producido.

A lo lejos, el aullido de un vehículo de la policía de Los Ángeles, luces rojas y azules cíclicas, neumáticos quemando goma al girar una esquina. Una ambulancia, con una sirena algo más débil, va justo detrás y llega como un elefante.

Tom nota que todo se vuelve borroso. No oye nada. No siente nada. Se agacha en el bordillo y vomita.

A la pálida luz de la farola, la sangre en sus manos parece negra. Tan negra como el pecado.

El vehículo policial se detiene con un chirrido.

Puertas que se cierran de golpe. Radios que crepitan. Los agentes llegan a la escena y murmuran entre ellos.

La ambulancia por fin se detiene y una camilla sale traqueteando a la acera.

Tom tiene la cabeza en otra parte. Está confuso con lo sucedido. La pensionista muerta en Alondra, la chica a la que no pudo salvar de ser violada, los pandilleros que ha matado, y el que escapó. Todo se le viene encima.

Ahora un policía dice algo. Lo ayuda a levantarse.

Se siente vacío.

Solo.

Perdido en un infierno personal.

Como si Dios lo hubiera abandonado.

Capítulo 2

Compton, Los Ángeles

La mañana siguiente a la noche en que has matado a alguien accidentalmente es la peor «mañana siguiente» que puedas imaginar.

Ninguna resaca, ni mala noche en el casino, ni indiscreción sexual lamentable se acerca a lo mal que te sientes.

El más gris de los días, Tom Shaman está sentado con su camiseta y sus pantalones cortos grises al borde de su pequeña cama individual sintiéndose más pequeño de lo que se ha sentido en su vida.

No puede dormir. No puede comer. No puede rezar.

No puede hacer nada.

En el piso de abajo oye voces. Su ama de llaves. Los otros dos sacerdotes con los que comparte casa. Un oficial de prensa diocesano. Un oficial de enlace de la policía. Están bebiendo té y café, compartiendo conmoción y simpatía, planificando su vida sin él. Parece que la única buena noticia es que la chica está viva. Muy asustada, pero viva. Traumatizada y herida por la violación, pero viva no obstante.

A Tom ya lo han interrogado en la ciudad. Lo dejaron libre sin cargos, pero le avisaron que, si la noticia se corre, se desatará un infierno.

Y así ha sido.

Se han liberado los malvados sabuesos de la prensa nacional y ya están pisándole el césped. Las manadas mero-dean alrededor de la iglesia y la sacristía. Sus camiones

bordean las calles, con los platos de los satélites girando en busca de una señal. Solo el ruido que hacen ya es un purgatorio. Se tapa los oídos con las manos e intenta bloquear el incesante sonido de teléfonos móviles sonando, *walkie-talkies* crepitando y presentadores ensayando sus frases.

El muy tonto, cuando había abandonado la comisaría justo antes del amanecer, había creído que podría ir a casa e intentar asimilar las cosas. Sopesar si Dios había planeado toda la noche de terror como una prueba personal. Una violación y tres muertes, una frágil viuda y dos chicos de la calle fuera de control. Menudo plan. Quizá Dios sabe que en Los Ángeles las tragedias tienen que ser tan épicas como una producción de Hollywood.

«¡Quizá no hay un maldito Dios!».

La duda lo corroe.

«Oh, vamos, Tom, hace mucho que tenías tus sospechas. Hambruna. Terremotos. Inundaciones. Gente inocente muriendo de hambre, ahogada o enterrada viva. No finjas que esos “Actos de Dios” nunca han sacudido tu fe».

Un golpe en la puerta de su habitación. Se abre con un crujido. El padre John O’Hara mete su espesa mata de pelo rojo y su vieja cara pecosa de sesenta años por el hueco.

—Me preguntaba si estabas dormido. ¿Quieres compañía?

Tom sonríe.

—Aún no he podido dormir.

—¿Quieres que te traiga algo de comer? ¿Tal vez unos huevos y un café?

El padre John se dirige hacia una taza que se ha quedado fría cerca de la cama.

—Todavía no, gracias. Voy a ducharme, afeitarme e intentar recomponerme en un momento.

—Bien hecho.

El padre John sonríe aprobador y cierra la puerta tras él.

Tom mira el reloj. No son ni las 11 y ya está deseando que acabe el día. Las noticias de costa a costa llevan contando su historia desde las 6. Los ojos de Estados Unidos lo miran y no le gusta. Ni pizca. Es un hombre tímido, un tipo